



REUNIÓN LACANOAMERICANA DE PSICOANÁLISIS
RÍO DE JANEIRO, BRASIL, 2017

LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE LA PALABRA

María del Rosario Tosso

Al tratar de comprender la realidad circundante, el pensamiento humano se orientó al interés por la organización del entorno político, debido a que es una dimensión propia del hombre.

La cultura griega desde los inicios de la reflexión racional, descubre y afirma que la naturaleza de lo humano es incomprendible sin su dimensión política. Para el hombre griego la polis se constituye en una prolongación de su propio ser.

El sistema de la polis implica una extraordinaria preeminencia de la palabra. Llega a ser la herramienta política por excelencia, la llave de toda autoridad en el estado, el medio de mando y de dominación sobre los demás. El arte político es un ejercicio del lenguaje y el logos.

La vida en sociedad conforma una comunidad de intereses, unidos por la lengua y tradiciones comunes.

De este entorno llamado por los griegos “la polis”, nace el concepto expresado con la palabra política, es decir el arte de la organización y el manejo de la ciudad-estado.

Aristóteles llegó a definir al ser humano como “animal político”, es decir el que tiene vida social, el que vive en polis.

Destaco, entonces, la importancia de la palabra y el ejercicio del lenguaje y el logos, de la que da cuenta la frase “en el comienzo era el verbo”.

Mustafa Safouan, nos dice que entre dos sujetos no hay sino la palabra o la muerte.

El lazo entre los seres humanos es tan sutil que fácilmente se pondría en juego la lucha y, si hay una ley que esté hecha para salvaguardar la primacía de la palabra, es la de la interdicción del homicidio.

La agresividad del hombre no está sometida a ninguna regulación que le imponga límites. El hombre no tiene ningún lazo inmediato con el mundo. Quiere lo que quiere el otro, su mujer o su asno. Como no hay un objeto que lleve a los hombres a ponerse de acuerdo, existe una ley que permite dar lugar a la palabra o al logos, antes de dar libre curso a la violencia, que de otro modo no conocería límites.

Freud trabaja todas estas cuestiones en Tótem y Tabú.

La transgresión de la interdicción del homicidio produce efectos de remordimiento y de culpabilidad aun cuando esa interdicción todavía no estaba articulada, o antes de ser enunciada por boca de un Dios, es como si conocieran la prescripción “no mataras” nos dice Freud y ninguno de nosotros puede articular ese mandamiento si no es en su nombre o en nombre de un tercero equivalente, que no es ni tu ni yo. De esta manera se llega a un importante problema de la filosofía política, el del soberano o el tercero que sostiene la balanza entre los miembros de la sociedad.

Se puede decir que esa interdicción constituye el verdadero soberano, el tercero que buscamos, en la medida que escapa a la sola regulación social, es el inconsciente.

La palabra o la muerte plantean el estatuto ético del inconsciente. Lacan nos dice que el inconsciente es ético y no ontico. La acción humana está orientada desde el inconsciente. El único modo de advenir para el sujeto es la palabra. La realización del sujeto es discursiva, si no se realiza, entonces la muerte.

Para que haya un sujeto, el ser hablante tiene que entrar en el lenguaje que lo divide con la operación que Lacan llama alienación-separación y es la que nos permite hablar y que nos alienemos en lo que decimos, pero

también separarnos de lo que decimos y escucharlo y pensarlo desde otro lugar, lo que permite entrar en el discurso.

Milner en su libro *Por una política de los seres hablantes*, nos dice: “allí donde existe la política es asunto de los seres hablantes. Es lo mismo que decir que es asunto de cuerpos hablantes porque no hablarían si no tuvieran cuerpo. Pero a su vez, si tuvieran solo cuerpos y no hablasen, no tendrían necesidad de política. Por qué? Por el plural, porque dado que sus cuerpos pueblan el mundo, se despliegan en multitud”.

También nos dice que de a poco el ser hablante descubre que no es el único, que los otros no son menos hablantes que él y empieza a sentir temor a ser reducido al silencio por cualquiera de ellos. De esa manera descubre que no tiene ningún privilegio y que no hay garantías contra la supresión de lo que lo hace ser hablante.

Descubre la pluralidad de los seres hablantes y que no solamente hay más de un ser hablante, sino que su multitud tiene carácter de ilimitado y que la multitud encierra en sí la precariedad, el status de ser hablante puede ser recusado por cada uno de los miembros de la multitud hablante. A la combinación de la multitud, de lo ilimitado, de la palabra y del silencio se le llama masa

De entrada el ser hablante es más de uno. Por el hecho mismo de serlo, es ya para siempre varios.

Por que el ser hablante habla a través de la lengua habla como masa.

Freud cuando plantea los tres imposibles: educar, gobernar y psicoanalizar plantea la intrínseca presencia de la pluralidad en el ser hablante, lo que es soportado por el cuerpo en el intento de poner algún límite y cuyo portavoz es la lengua.

El inconsciente freudiano es el descubrimiento de que el ser hablante no es nunca uno, ni siquiera cuando duerme.

Desde el momento en el que el ser hablante se ve obligado a admitir que no es el único, la política lo atrapa.

Lo que la política toca de individual, lo convierte inmediatamente en colectivo y viceversa.

La política comienza con el descubrimiento de que un ser hablante puede controlar a otros sin necesidad de matarlos. Puede que baste con el lenguaje, hay palabras que son sucedáneas del matar, pero si pueden sustituir el matar es porque son parientes. Como garantizar que esas palabras no remonten hasta su fuente? La política es frágil.

La apuesta de los seres hablantes debería ser mantener la legitimidad de lo singular, no en oposición al plural, sino como condición de posibilidad del plural.

De ahí la seducción que ejerce la política de las cosas, que es el título de otro libro de Milner en el que sostiene que desde el siglo XIX al menos, mentalidades con buenas intenciones plantean la hipótesis de que el gobierno es un asunto demasiado serio para confiarlo a los seres hablantes, sería mejor confiarlo a las cosas que se gobiernan solas. El mejor político sería aquel que explicara lo que quieren las cosas, la estrategia daría como resultado la transformación de los hombres en cosas.

La evaluación encuentra ahí su lugar. En cada etapa ubica los procedimientos más eficaces para que se establezca el gobierno absoluto de las cosas. No solo capta a los hombres en sus actividades exteriores, evalúa conductas, resultados, producciones, lo que antiguamente se llamaban las obras, sino que atrapa a los hombres en lo más íntimo de sus secretos, quedarían marcados para siempre con el sello de lo inerte.

Únicamente el derecho al secreto asegura la desconexión entre lo singular y lo colectivo, esa desconexión asegura la resistencia, y subrayo la palabra resistencia, frente a la fuerza de control, la resistencia que el más débil ofrece al más fuerte.

Jorge Semprún, en una entrevista que le realizaron con motivo de la publicación de su libro *La escritura o la vida*, habla del hacinamiento y la promiscuidad en el campo de concentración y dice: no hay un segundo de la vida que esté fuera de la vista de los demás. Si se suman el hambre y el sueño no hace falta la tortura. Así la poesía que te recitabas a ti mismo en voz baja restablecía tu autonomía y soledad. La poesía te permite el contacto con la humanidad, con la historia.

El gobierno de las cosas ofrece grandes ventajas a quien quiere imponer el silencio.

Al querer la igualdad sustancial sumerge a los seres hablantes en el espacio de lo inconmensurable y de lo sustituible.

La igualdad ya no es la de los seres hablantes sino la de los granos de arena, indefinidamente sustituibles puesto que son indiscernibles.

Las cosas no dicen nada. Si hay palabra es porque algunos hablan en su lugar.

En tanto portavoces de un silencio lo colman con sus creencias menos fundamentadas, no son más que portavoces de sí mismos.

Entiendo que está hablando del discurso capitalista o neoliberal que no admite el sujeto dividido, que exige que sea Uno sin división para que Todo funcione mejor, exige que esa unidad sea casi indestructible.

Me planteo una pregunta: ¿la virtualización de la vida, con el auge de las redes sociales, la tecnología y los medios de comunicación, podría pensarse como lo sintomático de la época?

Qué pasa con la vida que se hace cada vez mas pública y menos privada, si anteriormente mencioné que el secreto es lo que permite la desconexión de lo singular y lo colectivo y permite la resistencia?

En la virtualidad se trata de contactos sin contacto, donde la palabra queda cada vez más limitada.

El tono afectivo del mensaje queda a cargo del receptor, no hay retorno del mensaje, se anula el sujeto.

Queda sustraído el cuerpo, es decir se habla sin el cuerpo.

¿Cuál es la responsabilidad que le cabe al sujeto?

Jorge Semprún, en la entrevista antes mencionada, dice: el mal absoluto se da en ese tipo de situaciones en que una persona normal de repente denuncia algo para obtener un mejor trato. Ese es el mal radical y absoluto. Si aceptas que el hombre es libre, aceptas la idea espantosa, pero totalmente real, de que el hombre es capaz del mal absoluto.

El problema del mal relativo es un problema político que se plantea a cada momento, es un problema de ética que concierne a la sociedad. La política obliga a elegir.

Es muy difícil determinar los grados del mal. Además todo esto tiene una temporalidad. Puede ser un mal relativo que se convierta en absoluto y viceversa, es algo muy difícil de determinar de antemano. En cada caso histórico varia.

Milner en *El amor por la lengua* nos dice: no es el ser hablante al menos responsable de lo que quiere decir, a pesar de las constricciones que pesan sobre lo que dice?

¿No se inscribe el ser hablante como ciudadano responsable de sus declaraciones, en tanto y en cuanto afectan a su vida y a la de los demás?

Para concluir y teniendo en cuenta lo planteado hasta aquí, me pregunto cuales son las políticas que hacen callar a los seres hablantes, como sucedáneas del matar.

Una de ellas es la política de las cosas, que surge de la economía de mercado, y tiene que ver con la ideología de la evaluación que sirve fielmente a los partidarios del liberalismo económico más inflexible y que persigue un solo propósito, que una misma y única lógica se ponga en funcionamiento, del más grande al más pequeño, de lo más público a lo más secreto, lo que lleva a la sustancialización, a la cosificación del sujeto que pierde su libertad, en especial su libertad de expresión, hablan por él.

Otra es la que separa el cuerpo de la palabra, lo que le quita peso, valor y contundencia al acto de decir, se transforma en palabra vacía.

Otra es la del relativismo, que pretende que creamos en que todo tipo de interpretación del mundo es válida, cuando hay expresiones políticas a las que hay que combatir porque violan el principio sobre el que se funda toda comunidad que es: “no mataras”, por lo tanto no toda interpretación del mundo podría ser válida si justifica cualquier violación a los derechos humanos.

Cualquiera de estas políticas tiende a que el ser hablante no se haga responsable de sus actos, porque desaparece el sujeto como sujeto del decir.

Por último, el psicoanálisis permite la resistencia a la política de las cosas, no es una ciencia, no es una religión, ni una militancia. Es una apuesta que realiza tanto el analista como el analizante. Con cada paciente, en cada sesión, se arrojan los dados, apostando a la condición de posibilidad de que aparezca el sujeto, el analista cuenta con el amor de transferencia y el deseo del analista, para que aparezca la división del sujeto, apuesta a la palabra, a la resonancia en el cuerpo y en este sentido, desde siempre, y hoy más que nunca, el psicoanálisis es subversivo.

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.